

Colección: Noa & Max

Noa & Max

y el misterio de las zanahorias



serunion 

educa3



Noa & Max

y el misterio de las zanahorias

Texto: Anna Manso

Ilustraciones: Ana Oncina

Es un viernes especial para Noa, Max y su perra Kika. Sus padres se han ido de viaje y ellos pasarán el fin de semana con los abuelos, que hace poco que se han jubilado y se han trasladado a vivir a un pueblo.

—¿Podré ver animales salvajes como los de la tele? —pregunta Max, curioso.

—Max, me parece que aquí solo hay perros y gatos —responde Noa a su hermano pequeño.

—¡Pues vaya pueblo más soso, nos vamos a aburrir un montón! —se lamenta Max, desilusionado.

—Ya lo sé... Pero no se lo digas a los abuelos —le susurra Noa. Ella también piensa que el fin de semana será un aburrimiento mientras saca la *tablet* de la maleta y se da cuenta de que no funciona.

¡Come variado!

Incluye todos
los alimentos
en tu dieta.





Por suerte, los abuelos les preparan una cena sensacional: ensalada, tortilla de patatas y, de postre, manzanas al horno.

—¡Qué rico! La comida de casa y la del cole saben genial, pero ¡qué buena es la comida que preparan los abuelos! —comenta Noa. Los abuelos ríen contentos y les prometen que, al día siguiente, les contarán cuál es el secreto para que la comida sepa tan bien. Luego, todos se van a dormir.

Los dos hermanos ya están en la cama. Noa le lee un cuento a Max; lo hace cada noche y a él le encanta. De repente, oyen un ruido extraño y Noa se levanta. Busca entre sus cosas hasta que encuentra la linterna, que construyó ella misma con leds en el taller de ciencia y robótica al que va los martes al salir del cole.

—¿Qué haces? —pregunta Max.

—¿No lo has oído? Abajo hay alguien. Voy a ver quién es. Tú quédate aquí.

—¡No! Yo voy contigo —dice Max un poco asustado.

Kika se desvela. «Qué pereza», se dice la perrita; le gustaría seguir durmiendo, pero tiene que cuidar de Noa y Max.

Los niños y Kika asoman la nariz por las escaleras en silencio, pero Max da un traspié y cae rodando.

—¡Aaaay! —grita Max.

La abuela aparece alarmada. Después de comprobar que Max no se ha hecho daño, les cuenta que estaba en la cocina preparando un vaso de leche calentita, que ayuda a dormir mejor y, de paso, vigilaba el huerto. El día anterior, mientras hacían la compra, entraron a robar zanahorias. Hace un rato le ha parecido oír ruidos y ha pensado que era el ladrón. Pero, con tanto alboroto, debe de haber huido. La abuela les dice que suban a dormir y, esta vez, se duermen a la primera.



A la mañana siguiente, Noa y Max descubren el secreto de los abuelos para que la comida sea tan rica: el huerto y el gallinero.

—¿La verdura y la fruta que comimos ayer no eran del supermercado? —pregunta Max sorprendido.

—No, eran de nuestro huerto —responde el abuelo satisfecho.

—Me hubiera encantado prepararos crema de zanahorias, pero solo han quedado unas pocas —se lamenta la abuela Lola, mostrándoles el sembrado de zanahorias medio vacío.

—La abuela ganó un concurso de cocina en el pueblo con su crema —les cuenta el abuelo Víctor orgulloso, y les pregunta—: A ver, ¿quién quiere cavar y regar?

Los dos hermanos levantan la mano y el abuelo le da una pala a Noa y una regadera a Max. Mientras trabajan, les explica que los huertos nos dicen muchas cosas.

—¡Hala...! ¿Y qué nos dicen? —pregunta Max con ganas de aprenderlo todo.

—Pues la estación del año, por ejemplo. Ahora estamos a finales de primavera y en los huertos hay fresas, cebollas y lechugas. Y los tomates y pimientos empiezan a brotar porque pronto llegará el verano.

—Vaya, y no hace falta ni consultar internet —dice Noa.

—Las frutas y verduras tienen un calendario y no están disponibles todo el año. El mejor producto es el de temporada, porque es el que nos ofrece el entorno de manera natural —añade la abuela.



El abuelo les explica otras tareas que hay que realizar para cuidar del huerto, y también que las mariquitas se comen algunos bichos que atacan los cultivos y que hay plantas que ahuyentan a los insectos, como la albahaca. Max le escucha tan concentrado que, sin querer, pisa la cola de un gato. Es Manchurrón, el gato de los vecinos, que juega con una bola de papel y que lanza un maullido. Al oírle, Kika empieza a perseguirle. Manchurrón huye y hace tropezar al abuelo, que cae sobre las tomateras. Y encima Kika y Manchurrón pisotean algunas verduras. ¡Qué desastre!

Después de comer, mientras los abuelos duermen la siesta, Max suspira. Se siente mal por todo lo sucedido. Su hermana le abraza y le consuela.

—Anda, Max, ánimo. Tengo una idea. Resolveremos el misterio de las zanahorias y los abuelos se pondrán muy contentos.

Noa consigue resetear la *tablet* para que funcione. Se la llevarán y así podrán hacer fotos para encontrar pistas.

Los niños salen al huerto. Kika les sigue soñolienta. «¿Pero es que no me van a dejar dormir, estos niños?», se pregunta. Noa hace una foto y en ese momento ve algo que brilla en el suelo. Es un llavero con un dibujo muy curioso que está justo al lado del sembrado de zanahorias.

—¡Seguro que esto es del ladrón! —grita emocionada—. ¡Vamos al pueblo a buscar más pistas!

Escriben una nota para los abuelos avisándoles de que se van, llenan una cantimplora con agua y salen a investigar.

¡Hidrata
tu cuerpo!
Bebe agua
con frecuencia.



Noa y Max llegan a una granja de vacas y entran a preguntar. Quizás necesitaban zanahorias para alimentar a los animales...

—¿Zanahorias? No, nuestras vacas solo comen hierba de los pastos —les aclara la granjera.

Noa y Max se quedan boquiabiertos al ver cómo ordeñan las vacas con ordeñadoras mecánicas.

—¡Qué chulada! ¿Y no les hace cosquillas? —pregunta Max.

—Me parece que no, Max, están muy tranquilas —responde Noa.

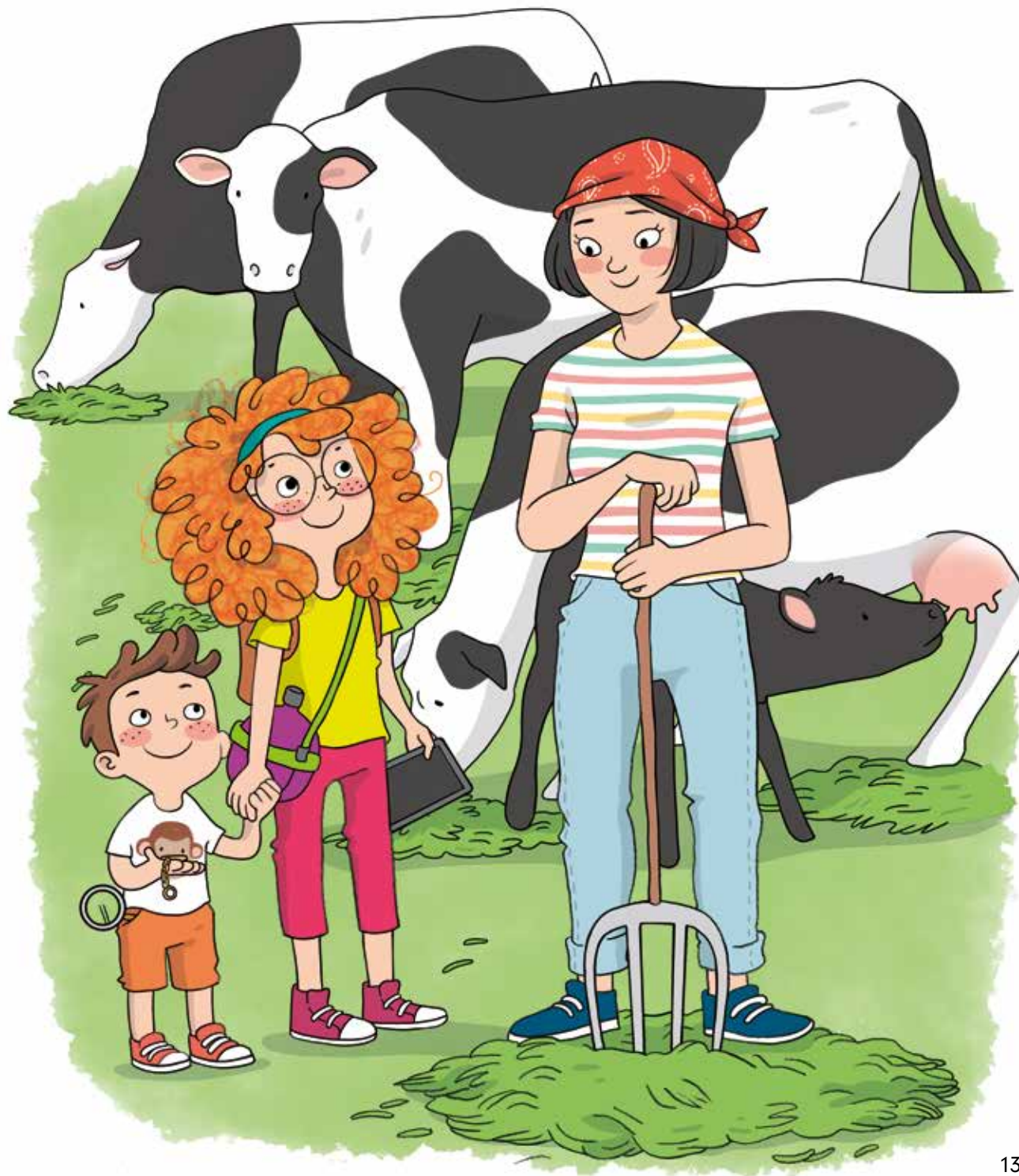
La dueña de la vaquería ríe y les recuerda que tienen que beber leche cada día para crecer sanos y fuertes. La leche aporta mucho calcio, y el calcio es necesario para fortalecer los huesos.

Noa le muestra el llavero y le pregunta si sabe de quién es.

—El dibujo me suena, pero no sé dónde lo he visto. Id a la quesería, a lo mejor allí os pueden decir algo —les responde.

En la quesería tampoco saben nada del llavero. Y les dicen que no necesitan zanahorias para elaborar el queso, solo leche, sal y poca cosa más. Y además les cuentan que hacen quesos de tres tipos según la leche que utilizan: de las vacas de la granja y también de las ovejas y las cabras que cuidan los pastores de la zona.

—¡Vaya! —exclama Max, encantado de descubrir tantas cosas interesantes sobre distintos alimentos—. ¡Qué ganas tengo de beber un vaso de leche!



Noa y Max recorren todo el pueblo y hacen muchas fotografías.

—Fíjate, hay más huertos como el de los abuelos —comenta Noa.

Los dos hermanos se acercan a un huerto y, cuando los propietarios se enteran de que son los nietos de Lola y Víctor, se ofrecen a ayudarles. Los niños les preguntan si conocen al dueño del llavero misterioso, pero nadie sabe de quién es.

—¡Felicidad a vuestra abuela! ¡Qué rica estaba la crema de zanahorias que preparó para el concurso! —les dice un vecino muy amable. Y luego les regala un cesto lleno de peras.

—Cada día como alguna fruta en el desayuno y así tengo la energía que necesito para cultivar el huerto. Y además la fruta te quita la sed y aporta vitaminas.

—Anda, los monitores del comedor del cole dicen exactamente lo mismo —recuerda Max.

¡Choca esos 5!

Recuerda que debes tomar 5 raciones de fruta y verdura al día.





En otro huerto observan que las cebollas y las patatas crecen bajo tierra, igual que las zanahorias. Y luego, otros vecinos les cuentan que ellos hacen conservas con las verduras y frutas de temporada que no consumen para comerlas durante el invierno. De repente, Kika vuelve a cruzarse con Manchurrón y sale corriendo tras él. Cuando la perrita regresa con los niños casi ha oscurecido y, aunque no han descubierto quién se llevó las zanahorias, ya tienen que volver a casa o sus abuelos se preocuparán.



Noa y Max les cuentan a los abuelos su recorrido por el pueblo.

—Nos han dado peras y fresas para merendar —se relame Max.

—¡Tu crema de zanahorias, abuela, es famosa! Y qué bien huele la fruta y la verdura que nos han regalado —añade Noa.

—Pero aún no sabemos quién se llevó las zanahorias —se queja Max decepcionado.

Noa les está mostrando las fotos de la *tablet* cuando, en una de ellas, descubren el dibujo del llavero.

—¡Mira! ¡Está pintado en la fachada de un restaurante! —grita Noa.

—No puede ser... —se extraña la abuela Lola.

—¡Es el mismo dibujo que en el llavero, abuela! —exclama Max.

—¡Claro! Deben de necesitar las zanahorias para cocinar —sigue Noa, emocionada.

—Uy, uy, pero si son muy buena gente, qué misterio más misterioso. Vamos a tener que ir a preguntar. Pero eso será mañana. Ahora hay que cenar y antes quiero que os lavéis las manos, que es imprescindible para prevenir las infecciones —les dice el abuelo Víctor.

¡Arriba las
manos limpias!

Lávate las manos
con frecuencia,
¡sobre todo antes de
cualquier comida!

A la mañana siguiente, los niños y los abuelos dan un paseo y visitan el restaurante. Allí, por fin, se resuelve el misterio.

—¡Fui yo quien cogió las zanahorias! —les cuenta el cocinero—. Quería cocinar una crema igual de buena que la que preparó vuestra abuela para el concurso y, como no había nadie en casa, dejé una nota para avisar. Aquí en el pueblo solemos hacerlo.

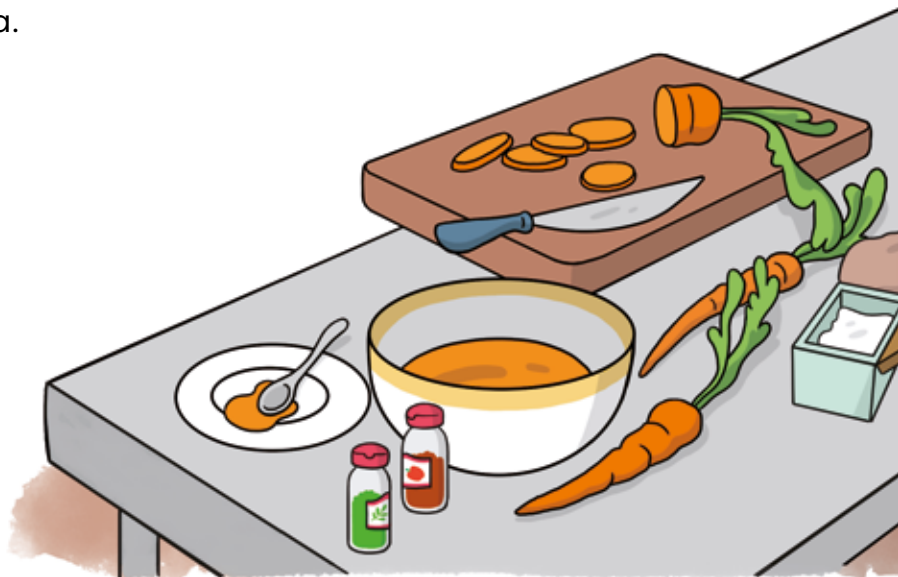
—Vaya —responde el abuelo—, no hemos encontrado ninguna nota. Se la habrá llevado el viento.

En ese instante, Noa recuerda un detalle.

—¡No! Fue Manchurrón. Ayer lo vi jugando en el huerto con una bola de papel.

El cocinero se disculpa. Tenía pensado pasar hoy mismo por casa de los abuelos para pagar las zanahorias. Al mismo tiempo, aprovecha para confesarle a la abuela que la crema no le salió tan rica como la suya, y le promete que si le da la receta le pondrá su nombre al plato: «Crema de zanahorias Lola». La abuela, claro, acepta encantada.

¡Muévete!
Haz ejercicio
a diario.





De vuelta en casa de los abuelos, Noa, con la *tablet*, le enseña a la abuela el concurso de videorrecetas promovido por la empresa que se encarga del servicio de comedor de su colegio.

—Abuela, tenemos que abrirte un blog —le dice Noa.

—Uy, yo de internet no tengo ni idea —ríe la abuela.

—Noa sabe un montón —afirma Max con admiración.

—Vosotros nos habéis enseñado cómo cultivar el huerto y yo os enseñaré cómo funciona internet —se ofrece Noa, contenta.

Les explica que, en el blog, la abuela podrá escribir sus recetas y el abuelo los trucos para cuidar del huerto.

—¡Eh, que yo también cocino! —se queja el abuelo de buen humor.

—Y yo también me encargo del huerto —recuerda la abuela.

—Bueno —responde Noa—, entonces el blog podría llamarse «El huerto en la mesa».







El domingo por la tarde los padres de Noa y Max les recogen en casa de los abuelos. Cuando la familia está a punto de subirse al coche, vuelve a pasar Manchurrón. Todos se alarman pensando que Kika volverá a perseguirle, pero esta vez no lo hace. La perrita ya está dentro del coche, dormida. El fin de semana en el campo la ha dejado rendida y por fin puede dormir tranquila. Todos ríen divertidos y los niños prometen a sus abuelos que volverán muy pronto para seguir disfrutando del huerto y de su rica comida.

Texto: Anna Manso
Ilustraciones: Ana Oncina

Primera edición: marzo 2017
© VENTALL

Edición y coordinación: Núria Egido
Diseño gráfico: Lali Almonacid

ISBN: 978-84-946702-0-6
Depósito legal: B 4202-2017
Impreso por: Tallers Gràfics Soler

Noa y Max pasan el fin de semana con sus abuelos en el pueblo donde viven ahora. Allí deberán investigar un apasionante misterio: la desaparición de las zanahorias del huerto de los abuelos. ¿Quién se las ha podido llevar? Y, ¿para qué? En su investigación los dos hermanos aprenderán un montón de cosas sobre el origen de los alimentos y además descubrirán qué pasó realmente con las zanahorias... ¿Te apetece descubrirlo?

ISBN 978-8494670206



9 788484 670206

